

DESAFÍOS DE NUESTRA FAMILIA HOY

CAMPAMENTO FAMILIAS MAYO 12

Crisis de valores en nuestro mundo

La misión de toda familia es ser reflejo de la Familia de Nazaret. Cada familia está llamada a encarnarlo de forma original. Este ideal tiene que brillar siempre ante nuestros ojos. Como familia estáis llamados a reflejar el amor de José y de María. Y queréis vivir ese amor con vuestros hijos. Como padres estáis llamados a construir hogares santos, que irradian una atmósfera de santidad. Los padres de Santa Teresita del Niño Jesús fueron declarados santos. Decía Louis, su padre, en una ocasión: *«Todo lo que veo es espléndido, pero es siempre una belleza terrestre y nuestro corazón no se sacia con nada, hasta que no vea la belleza infinita que está en Dios. Hasta entonces, el placer de la familia es la belleza que más nos une»*¹. Fueron santos de la vida ordinaria, del día a día, santos de la vida familiar donde encontraban su amparo y desde donde buscaban el encuentro profundo con Dios. La meta de su vida fue contemplar un día la belleza infinita de Dios. Ese ideal resplandecía ante sus ojos. Miraban a Dios al caminar. Y sabían que el camino de la santidad pasaba por hacer siempre su voluntad. Zelig, la madre de Santa Teresita, en el momento más delicado de su enfermedad, tenía claro que hacer la voluntad del Señor era lo más importante y así se lo enseñaba a sus hijas para que confiaran: *«Debemos ponernos en disposición de aceptar generosamente la voluntad del Señor, sea la que sea, porque siempre será lo mejor para nosotros»*². Su confianza para aceptar los planes de Dios es una enseñanza para la vida. Ante la perspectiva de su cercana muerte comprende que María podrá ocupar su lugar, cuando ya no esté presente para encargarse de sus hijas. Y dice: *«Reza a María, vendrá en nuestra ayuda, con la bondad y la dulzura de la Madre más cariñosa»*³. El amor cálido y personal hacia María acentúa la necesidad de cuidar su presencia en nuestro hogar. De ahí la importancia que le damos al Santuario hogar en nuestras familias. María tiene que reinar. ¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos un lugar consagrado en el que María se hace presente de forma real e irradia su amor! No se trata sólo de un rincón en el cual rezar como familia, o de un lugar bendecido. Se trata de la presencia misteriosa de María que lo acaba transformando todo en la fuerza de su amor.

Quisiera detenerme en este mundo que se desliza ante nuestros ojos y lanzar algunas propuestas de acción. Sólo podremos cambiarlo amándolo con todo el corazón y viviendo en profundidad, desde dentro. Somos enviados al mundo como santuarios vivos. Desde el Santuario, donde hemos experimentado las tres gracias, el cobijamiento, la transformación y el envío, somos enviados a cambiar la realidad. Nuestras familias son santuarios vivos en las que se experimentan esas mismas tres gracias. Los desafíos a los que nos enfrentamos son muchos. El Cántico del terruño del Hacia el Padre, refleja los ideales que queremos transmitir como familias schoenstattianas. Me serviré de su contenido para enfrentar ahora algunos de los desafíos que plantea el mundo de hoy a nuestras familias:

¹ Helene Mongin, "Santos de lo ordinario", 187

² Ibídem, 165

³ Ibídem, 168

1. FRENTE A LA DESPERSONALIZACIÓN, LA PEDAGOGÍA DE LOS VÍNCULOS

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: *«Siempre allí reinan amor, verdad y justicia, y esa unión que no masifica, que no conduce al espíritu de esclavo»*. Los vínculos son un tema fundamental para la vida familiar. Todo ser humano nace para amar y ser amado, y necesita un lugar en el cual se sepa amado de forma incondicional. Y, sin embargo, *¿qué nos pasa que no sabemos amar bien y nos cuesta tanto dejarnos amar?* Los vínculos es el tema que marca nuestra vida. Vivimos, no obstante, en un mundo que rehúye los vínculos. Porque los vínculos comprometen y nos exigen hacernos responsables. Tememos las obligaciones y las apetencias suelen marcar nuestras decisiones. Por eso los vínculos se debilitan. Porque no se entiende que todo vínculo tenga que pasar necesariamente por la cruz y el sacrificio. El P. Kentenich lo recuerda: *«La mesa familiar es a la vez mesa de gozo y mesa de sacrificio. Una mesa familiar que no es mesa de sacrificio, jamás llegará a ser una mesa de gozo»*⁴. Rehuimos el sufrimiento en la entrega, nos agrada sólo el gozo, el placer de la vida en familia sin entender el sacrificio que conlleva. Pero el camino es largo y el sacrificio y la renuncia son alimento diario.

Es por eso que, en muchos hogares, se lleva una vida despersonalizada. Es una forma de no enfrentar la vida y los vínculos con todas sus consecuencias. El trabajo, el stress y la vida misma, acaban con el tiempo disponible para entregar la vida. En una sociedad que fomenta la vida en soledad y el valor supremo del trabajo, el desafío de vivir en comunidad es muy grande. En muchas familias reina el individualismo: niños que viven solos cuando llegan a sus casas (porque sus padres trabajan hasta tarde), matrimonios que no cultivan el diálogo (por el cansancio y la falta de tiempo); además, aumentan las familias monoparentales y el ritmo de vida no ayuda para vencer el individualismo. Decía el P. Kentenich: *«Una actitud extrema es la de desentenderse de la familia y estar continuamente fuera de ella; la otra es la de regresar y no querer ser molestado por nadie»*⁵. Es el desafío de la familia. La familia exige nuestro tiempo y nuestra mejor actitud. No es fácil. La vida matrimonial, el amor conyugal, están fundados en la generosidad, en la entrega abnegada y en la incondicionalidad de nuestra vida derramada. Estamos, por lo tanto, ante una tarea que supera nuestras capacidades. Ya lo decía el Padre en esa conferencia antes mencionada: *«Si pensamos cuán difícil es encarnar el ideal de un matrimonio y una familia, entonces tomamos conciencia cada vez más que el milagro de una familia santa, de una familia schoenstattiana auténtica, de una familia de Nazaret, de una familia que vive y obra de acuerdo a la modalidad de la Trinidad, a la larga no puede realizarse sin innumerables gracias»*. Necesitamos implorar todas las gracias que nos sean necesarias. Es un milagro encontrar una familia santa que viva un mundo sano de vinculaciones. Nuestro ideal matrimonial es nuestra forma original de encarnar el ideal de la familia de Nazaret. Una dimensión fundamental de nuestro Ideal matrimonial hace referencia a nuestra forma original de ser familia.

Creer en el amor matrimonial es la aspiración en la vocación a la que estáis llamados. Es una aspiración clara a la santidad. En un mundo en el que hay tantas separaciones y matrimonios rotos aspiramos a dar un testimonio de fidelidad. Sabemos que es un don que hay que pedir cada día. Puede haber muchas causas para llegar a una separación. El amor matrimonial se debilita cuando se enfría el amor primero, cuando nos volvemos egoístas y

⁴ J. Kentenich, Conferencia para los Cursos Cenáculo y Nazaret de la Federación de Familias 4 de junio 1966, Monte Schoenstatt.

⁵ J. Kentenich, Lunes por la tarde, T 20, 30

no estamos dispuestos al sacrificio, cuando el diálogo se hace difícil y lo evitamos. Justamente hace poco teníamos acceso a una investigación sobre la importancia del diálogo matrimonial. Como sucede muchas veces, cuando vemos que un estudio científico lo dice, le damos el valor que tiene y nos lo creemos: *«Ahora lo confirma un estudio de la Universidad de Virginia: los matrimonios que quedan para una cita solos, aunque sea una sola vez a la semana, ven reducido su riesgo de divorcio casi por la mitad. Los datos se han recogido en Estados Unidos (1.600 parejas de 18 a 55 años, en 2010-2011, combinados con sondeos de 10.000 adultos, de 1987 a 1994). La pregunta del estudio era "¿cada cuanto pasa usted tiempo solo con su pareja, charlando o compartiendo una actividad?"»*. Muchas personas leen este estudio y piensan que es fundamental entonces promover ese diálogo matrimonial. Antes, cuando lo decía la Iglesia, le daban menos importancia. El P. Kentenich siempre señaló la importancia del diálogo en el matrimonio. Hoy en día está claro su valor. Sin embargo, con frecuencia, este diálogo no tiene lugar. Lo urgente acaba teniendo más peso que lo importante. Falta tiempo y lo que pierde es lo gratuito. Asegurar un momento a la semana es clave. Si no lo hacemos con agenda y a fuerza de voluntad, no resulta. La semana vuela y no hay tiempo.

Hoy en día todos corremos el peligro de caer en la despersonalización, en las huídas hacia delante y en la división. Humanamente nos parece imposible unir siempre y ser pacificadores. Por eso es tan común *«huir hacia delante»* cuando no nos sentimos con fuerzas de hacer frente a las dificultades de cada día. Esta expresión hace referencia a una actitud cuando tememos enfrentar las dificultades. El otro día una persona explicaba así esta tentación: *«Para mí una huída hacia adelante es cuando las cosas te van mal y en vez de retirarte sigues con lo que estabas haciendo, o incluso con más fuerza, a ver si así se arregla el tema»*. Se fundamenta en la esperanza de que muchas cosas se solucionen solas, sin intervenir, sin el esfuerzo que supone buscar una solución enfrentando los problemas, manteniendo los ojos cerrados sin dejar de avanzar. Nos cuesta más actuar, que perseverar en lo que estamos, sin cambiar nada. Cambiar resulta demasiado complicado y exigente. Una familia está llamada a vivir de forma preclara el mundo de las vinculaciones. En una familia los vínculos sanos entre los cónyuges, y entre cada progenitor y sus hijos, es el fundamento de la unidad. Si no hay tiempo para cuidar el amor, si no se toman en serio las prioridades de la familia, la familia pierde su esencia y deja de encarnar su vocación en el mundo. Porque la familia es escuela donde el corazón aprende a amar y testimonio del amor de Dios hecho carne en el mundo. Nos detenemos en este primer peligro que corremos y nos examinamos en el amor:

¿Cómo cultivamos nuestro vínculo matrimonial? ¿Los vínculos con nuestros hijos, los vínculos entre nosotros? ¿Nos dejamos tiempo para dialogar? ¿Cuidamos los momentos reservados para reencantar nuestro matrimonio?

2. LA AUSENCIA DE DIOS EN EL MUNDO Y LA PRESENCIA DE DIOS EN NUESTRO SANTUARIO HOGAR.

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: *«Yo conozco esa maravillosa tierra, es la pradera asoleada con los resplandores del Tabor, donde reina nuestra Señora tres veces Admirable, en la porción de sus hijos escogidos, allí donde retribuye fielmente los dones de amor manifestando su gloria y regalando una fecundidad ilimitada»*. María está en el centro. Es Reina en el Santuario y debería ser Reina en nuestros hogares. Ella regala sus dones y una fecundidad que desconocemos, la fecundidad que procede de Dios. Si abrimos nuestro hogar a María Ella se hará dueña de nuestras vidas y transformará los corazones.

Schoenstatt nace a partir de los vínculos. Comenzó con el vínculo a un Padre, se hizo fuerte en el vínculo fraterno de una comunidad anclada en un lugar y la vinculación a María fue el cauce por el que discurrió la vida. Por eso el aliado de María en el Santuario es una persona vinculada, arraigada y profundamente anclada. Su vinculación se da con Dios, con el mundo, con las personas, con los ideales y los sueños. El hombre vinculado es lo opuesto al hombre despersonalizado y desarraigado. Si no se coloca a María y a Dios en el núcleo familiar, nada resulta. El mundo al que nos enfrentamos es un mundo que prescinde de Dios. Dios parece no hacerle falta al hombre de hoy. Vivir sin Dios es más cómodo porque Dios pone sólo normas y restricciones. Vivir sin Dios es sinónimo de libertad y paz. Vivir con Dios nos angustia y nos quita la paz verdadera.

Nosotros, como familias que aspiramos a vivir santamente, estamos llamados a hacer presente a Dios en el mundo. Su ausencia no nos desanima, al contrario, nos plantea el desafío de hacerlo presente. El santuario del trabajo, el santuario hogar, son su presencia concreta en el seno de la familia. El Padre nos invita: *«Llevad con vosotros el cuadro de la Madre de Dios y dadle un sitio de honor en vuestros hogares. De esta manera, los convertiréis en pequeños santuarios donde la imagen de la Madre de Dios se manifestará derramando sus gracias, creando un santo terruño familiar y santificando a los miembros de las familias»*⁶. Estamos llamados a ser *«santas islas de familias schoenstattianas»*⁷. En un mundo que vive la ausencia de Dios, nuestras familias son la presencia de Dios en el mundo. Vuestros santuarios hogares transforman la realidad cotidiana. Hacen sagrada la vida diaria, hacen santo lo cotidiano, el pan de cada día, el compartir sencillo. Hacen más palpable y concreta la presencia de la gracia que regala el sacramento del matrimonio. Sois ministros diarios de esa gracia que se derrama a través de vuestras manos. El Santuario hogar se convierte en esa presencia de María que regala las mismas gracias. Es el altar en el que ofrecéis lo que sois y tenéis. Logra que los corazones se transformen en el fuego de la entrega y da coraje y vida para la misión diaria. Cuidad el tesoro que lleváis en vasijas de barro. Si ponéis a María en el centro de vuestra vida familiar, Ella se tomará en serio su misión de Educadora.

Nuestra misión como familias que aspiran a encarnar el ideal de santidad es llegar a ser un santuario vivo en medio del mundo. Se trata de hacer posible que las gracias que se regalan en nuestros santuarios se regalen a través de nuestra presencia viva en medio de los hombres. Cada miembro de la familia es parte de ese santuario vivo. María necesita nuestro aporte original. Muchos habéis pensado un nombre de vuestro santuario hogar y de vuestro santuario corazón. Os habéis identificado con algún símbolo del Santuario. Eso es algo importante, es nuestro aporte concreto. María implora con nosotros en nuestro hogar la venida del Espíritu Santo que lo llena todo de su fuego. La gracia del envío apostólico está unida a la presencia del Espíritu Santo en nosotros. Decía el P. Kentenich: *«No olvidemos que es el Espíritu Santo quien nos da la gracia, no influyendo desde fuera en nuestra alma, sino que, al igual que con los apóstoles, habitando en nosotros para elevarnos, guiarnos y conducirnos a través de fuertes impulsos, a un firme testimonio de Cristo. Él mismo actúa en nosotros. Nos anima a través de su gracia y de los siete dones»*⁸. En el Santuario, en nuestro santuario hogar, nos hacemos templos del Espíritu Santo. María implora con nosotros su venida para que cambie nuestro corazón. El Santuario es un Pentecostés que nos convierte en apóstoles de Cristo. Nuestros miedos nos hacían permanecer ocultos en el interior de nuestro cenáculo muchas veces. Hasta que el Espíritu Santo nos da la fuerza que

⁶ J. Kentenich, Carta de Santamaría, 15 Abril 1948

⁷ Ibídem

⁸ J. Kentenich, "Mi Santuario corazón", 38

necesitamos y nos quita el miedo. María necesita instrumentos dóciles y audaces, valientes y libres. Por eso nos cobija y permite que el Espíritu Santo nos transforme y nos envíe a anunciar la Buena Nueva. La gracia del Espíritu nos cambia para siempre y nos hace capaces de lo que no podemos. Su poder transformador nos convierte en apóstoles.

¿Somos personas ancladas en el mundo sobrenatural? ¿Cuidamos con nuestra oración diaria como familia el Santuario hogar? ¿Renovamos el ideal matrimonial y el ideal de nuestro Santuario hogar cada día?

3. LA SEPARACIÓN FE Y VIDA Y NUESTRA ALIANZA DE AMOR CON MARÍA

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: «¿Conoces aquella tierra acostumbrada a vencer en las batallas, donde Dios se desposa con los débiles y los escoge como instrumentos; donde, no fiándose de las propias fuerzas, todos confían heroicamente en Él y están dispuestos a entregar por amor, con júbilo, la sangre y la vida?» María nos educa para poder unir lo que fácilmente separamos: el mundo natural y el sobrenatural. Dice el P. Kentenich: «Ella es el punto de intersección de naturaleza y gracia»⁹. María nos educa desde lo profundo del corazón y une armónicamente en nosotros la fe y la vida. Como matrimonios cristianos estamos llamados a encarnar de forma preclara una vivencia profunda de amor con María.

El hombre moderno no sabe unir fe y vida. Cree una serie de verdades que permanecen en su cabeza y no logra que lleguen al corazón. Piensa de una forma determinada y luego, en el trabajo o en su vida familiar, sus actos no se corresponden con sus creencias. La incoherencia es el gran drama de nuestra sociedad. ¡Cuántas personas sueñan con vivir de una determinada manera y acaban renunciando a sus creencias porque no logran vivir de forma coherente! Nos toca verlo muy a menudo. La educación ha logrado que ciertas verdades queden pegadas superficialmente al alma, sin calar en lo más profundo. Dice el P. Kentenich: «La falencia de nuestra educación de hoy consiste en pretender realizar todo con excesiva rapidez. María garantiza ese desarrollo desde adentro, evitando así que sea un pegote que tiene desde afuera»¹⁰. María logra que todo crezca de forma lenta pero auténtica en nuestra familia. Logra que los ideales se hagan carne con tranquilidad, sin prisas.

Nosotros sabemos que la coherencia de vida, y la armonía entre fe y vida, sólo nos las pueden dar María. Ella es la armonía perfecta y la fuerza asemejadora del amor hace posible vivir más armónicamente. Pero el peligro de ser incoherentes nos amenaza a todos. La alianza de amor con María es la puerta para crecer en nuestro camino de santidad. En María, en el Santuario, en nuestro santuario hogar, nos hacemos hijos y la fuerza transformadora del amor nos ayuda a crecer en la armonía interior que soñamos. Se trata de encauzar nuestras pasiones, nuestro subconsciente, nuestra vida instintiva. «Las pasiones no han de ser suprimidas, como proponía el estoicismo, sino gobernadas prudencialmente por la razón. La impasibilidad no es humana»¹¹. María nos enseña no a reprimir sino a gobernar con la prudencia nuestras pasiones. La educación consiste en encauzar la vida, las pasiones, las fuerzas que surgen en el fondo del alma. La fe con su idealismo, y la vida con sus pasiones, están llamadas a la integración. Fe y vida se unen en María. En Ella encuentran la armonía anhelada. Por eso los ideales nos ayudan a encauzar toda la vida de nuestro interior. No

⁹ J. Kentenich, Educación mariana para el hombre de hoy, 122

¹⁰ Ibídem, 124

¹¹ Dra. Silvana Filippi, Ira, razón y justicia en la doctrina tomista

son un deber ser externo a nosotros, sino una fuerza que transforma nuestra vida desde el corazón. Son esa luz que surge desde lo profundo y nos conduce.

Nada de lo humano le es ajeno a Dios. Sin embargo, con mucha frecuencia nos cuesta unir las cosas. Pensamos que a Dios el fútbol, las fiestas, las compras y otras muchas cosas no le interesan, porque nos parecen banalidades. Creemos que esa parte del mundo es pecaminosa, o por lo menos no santa, y le resulta indiferente a María. ¡Cuánto nos equivocamos! A Dios le interesa lo que a nosotros nos interesa. El mundo con sus pasiones ha sido creado por Dios y lo ha puesto en nuestras manos, no para que lo despreciemos, sino para que dejemos que su gracia lo penetre todo. Si separamos los mundos, por un lado nuestras preocupaciones y pasiones y por otro lado, el mundo de Dios reducido a la misa semanal o diaria, no estamos haciendo lo que Dios quiere. Naturaleza y gracia tienen que estar unidas en armonía. El Santuario hogar es el canal abierto que santifica nuestra vida diaria, nuestros miedos e intereses, nuestra tareas domésticas cotidianas, lo cotidiano. María en el Santuario educa integrando todo lo que mueve nuestro corazón.

¿Están integradas fe y vida en nuestra familia? ¿Vivimos la fe de forma natural como matrimonio, con nuestros hijos?

4. LA INCOHERENCIA Y LA MENTIRA FRENTE A LA PEDAGOGÍA DE LOS IDEALES.

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: « *¿Conoces aquella tierra, ciudad de Dios, donde reina la veracidad y la verdad domina todo y sobre todo triunfa?* » Es el mundo de la verdad tan ardientemente anhelado. Pero muchas veces es la mentira y la falsedad lo que reina a nuestro alrededor. Frente a ese mundo ideal, nuestro mundo huye de la verdad y descansa con frecuencia en la mentira. Mentir es una moneda de cambio habitual. Muchas personas se confiesan de este pecado con naturalidad y lo tienen totalmente integrado en sus vidas. Mentimos para sobrevivir, porque no soportaríamos que nos trataran de acuerdo a lo que de verdad somos. La mentira se convierte entonces en un mecanismo de defensa; gracias a ella la apariencia acaba disfrazando nuestra debilidad, es un perfecto maquillaje. Sin esa mentira tal vez muchas personas no podrían vivir en paz con su propia vida, con sus limitaciones, con su físico. La verdad duele demasiado y nos confronta con nuestra pobreza. Aceptar la debilidad y el pecado nos parece una locura. Pero, ¿Cómo se maneja la verdad? La verdad nos lleva a hacernos varias preguntas:

*¿Nuestros vínculos de amistad o familiares están contruidos sobre la verdad?
¿Tenemos espacios en el que podamos darnos por entero, como somos, sin
necesidad de guardar las apariencias? ¿Conocemos nuestra verdad más profunda?*

En Schoenstatt vivimos la pedagogía de los ideales. El Padre Kentenich decía respecto al ideal personal: «*No queremos abandonar nuestra individualidad, el cuño que por naturaleza caracteriza nuestro ser y nuestro actuar. No debemos ser una copia, sino que cada uno de nosotros debe ser un original*»¹². Y añadía: «*Es mucho más un amor original de Dios por cada persona*» (1955). Dios tiene un sueño para nuestra vida y ha sembrado una semilla de plenitud en

¹² J. Kentenich, Bajo la protección de María, 71

nuestro corazón. Si somos fieles a esa vocación personal lograremos vencer la mentira y la incoherencia en nuestra vida. Nuestros sueños y su realización se harán de forma real en la medida en que nos confiemos en las manos y conducción de Dios. La pedagogía de los ideales apela a nuestra magnanimidad y generosidad en la entrega y, además, nos lleva a desarrollar actitudes que cambian nuestra vida.

No solamente tenemos un ideal personal cada uno, además hay un ideal matrimonio que estamos llamados a encarnar en nuestra vida familiar. Dios tiene una vocación para cada familia. Es fundamental buscar en la propia identidad familiar, en las raíces y rasgos propios, una misión muy concreta. Esa es la tarea de cada familia, descubrir su aporte original al mundo, que necesita la presencia de matrimonios santos. No obstante, muchas veces no somos de Dios y no dejamos que Dios se refleje en nuestros actos. Nos sentimos dueños de todo, de la vida, de nuestros sueños, de nuestra propia tierra, del mismo Reino de Dios y no dejamos actuar a Dios. Nos buscamos a nosotros mismos en la entrega, cuando decimos que buscamos a Dios. Se trata de esa herida inmensa que necesita ser saciada por el reconocimiento y el amor de los hombres. Nos sentimos heridos desde la cuna. Nos experimentamos solos y heridos. Y entonces parece que los ideales pierden fuerza. Quisiéramos tocar el cielo con una mayor libertad, pero no somos libres, pesan las cadenas. El ideal brilla ante nuestros ojos y nuestra limitación nos hace volver a la tierra. No obstante, lo que nos queda claro es que, si nuestra entrega es alegre, va a ser fecunda en sí misma. Cuando nos alegran las cosas simples y sencillas, contagiamos una forma positiva de vivir la vida y vivir los ideales. Cuando nos alegramos con lo que nos toca en suerte, sin buscar otra cosa diferente o mejor, reflejamos una esperanza nueva. Lo hacemos sin grandes pretensiones. Sólo disfrutando de la vida. Esa forma alegre de vivir nuestra fe contagia ya es fecunda en sí misma. No hace falta mucho más.

¿Cómo buscamos la voluntad de Dios para nuestra familia? ¿Somos fieles a la misión que Dios nos encomienda con alegría? ¿Sabemos cuál es nuestra riqueza original y la entregamos sin miedo, con libertad?

5. LA DESESPERANZA EN LA VIDA FRENTE AL DESAFÍO DE EDUCAR A LOS HIJOS

Dice el P. Kantenich en el Cántico del Terruño: «*¿Conoces aquella tierra transida de alegría, porque en ella el Sol nunca tiene ocaso, donde los corazones viven en el reposo por la posesión de los bienes eternos; donde el amor, como una vara mágica, transforma con prontitud la tristeza en alegría?*» El gran peligro en nuestra sociedad es perder la esperanza y la alegría a la hora de enfrentar el desafío de educar bien a los hijos. Una atmósfera positiva, alegre y llena de optimismo es la mejor escuela para nuestros hijos. Una familia que vive en esta atmósfera es la mejor escuela de educación.

El otro día leía un artículo de Leopoldo Abadía (autor de "La crisis Ninja"): «*Me escribe un amigo diciendo que está muy preocupado por el futuro de sus nietos. Que no sabe qué hacer: si dejarles herencia para que estudien o gastarse el dinero con su mujer y que Dios les coja confesados*». Y es que hay mucha gente que le preocupa el mundo que les va a quedar a sus hijos o nietos. Sufren por ello y pierden la esperanza. El autor comentaba entonces: «*Al acabar una conferencia la semana pasada, se me acercó una señora joven con dos hijos pequeños. Como también aquel día me habían preguntado lo del mundo que les vamos a dejar a nuestros hijos, ella me dijo que le preocupaba mucho qué hijos íbamos a dejar a este mundo*». Y ésa es la pregunta fundamental que deberíamos hacernos: *¿Qué hijos estamos educando para el mundo que viene? ¿Qué hijos les vamos a dejar a este mundo?* Y continuaba el autor: «*Por tanto, menos preocuparse*

por los hijos y más darles una buena formación: que sepan distinguir el bien del mal, que no digan que todo vale, que piensen en los demás, que sean generosos». La desesperanza no puede sumirnos en la pasividad que nos lleve a no luchar, a no hacer nada por cambiar la realidad. Estamos llamados a educar hijos para el cielo, pero hijos que sepan hacer la voluntad de Dios aquí en la tierra recorriendo su propio camino de santidad.

Educación es una tarea para toda la vida. La familia es la escuela donde aprendemos a vivir. Los hijos que educamos son el futuro de la sociedad que estamos construyendo. Para ello es fundamental crear una atmósfera en el hogar que eduque y forme. Decía el P. Kentenich: «Para educar correctamente, hay que estar también en una situación muy determinada, tiene que existir una atmósfera necesaria para ello. ¿Y cómo es esta atmósfera? Hablando sólo en el terreno de los principios, es la atmósfera del respeto y del amor»¹³. Sin respeto y amor entre padres e hijos no hay educación posible: «La educación será absolutamente imposible, si en el hijo no existe respeto por sus padres y, al mismo tiempo, amor a ellos. Será adiestramiento, amaestramiento, pero no educación»¹⁴. Soñamos con educar bien, no con adiestrar. No queremos formar hijos en serie. Queremos respetar la originalidad de cada uno y tener paciencia en su crecimiento. Pero, ¡qué difícil es respetar las diferencias y los procesos lentos de la vida! Nos gustaría tener hijos ya perfectos, acabados, educados. Hijos que no nos dieran problemas y salieran muy bien. A veces no vemos la fecundidad de nuestra vida en nuestros hijos. Nos gustaría que siguieran nuestros pasos, que fueran religiosos, que aspiraran a ser santos. Pero luego, después de todo lo que hemos invertido en ellos, cuando no salen como queríamos, nos frustramos. Cuando no podemos presumir de ellos nos miramos preocupados. Queremos frutos para poder estar orgullosos, para que el mundo piense que somos buenos padres. Pero nosotros sólo administramos. Los hijos no nos pertenecen, no son nuestros. El fruto es de Dios. Sólo se los entregamos a Él cada día para que los cuide y proteja. Nosotros sólo ponemos nuestra vida como prenda. Nos entregamos sin miedo. No queremos adiestrar, sino educar en libertad. Tiene sus riesgos. Queremos actuar desde el respeto y el amor.

Estamos llamados a formar familias santas, hogares en los que nuestros hijos echen raíces y encuentren todo lo que necesiten para la vida. Si no es en nuestra casa, lo acabarán encontrando fuera. Decía el P. Kentenich: «Todo lo que estorbe la vida familiar no procede de Dios. Debéis ocuparos de que los hijos reciban de la familia todo lo que necesitan. ¡Pero todo! Que se encuentren bien y contentos entre sí, que encuentren aquello que precisan para su vida religiosa, que reciban después una buena formación espiritual, etc. Todo lo que necesitan deberían obtenerlo esencialmente de la familia»¹⁵. En la familia los hijos aprenden a vivir. Hacen suya una determinada forma de pensar, de vivir y de amar. Si los padres tienen presente continuamente a Dios en el hogar, si hablan de Él, si toman las decisiones con Él, Dios será muy cercano para los hijos. Cuando el Santuario hogar se convierte en el centro de la casa, todo se hace en referencia a esa presencia divina en la vida cotidiana. Las hijas de Louis y Zélie Martin, padres de Santa Teresita, veían ese ambiente especial en casa: «Mi padre y mi madre tenían una profunda fe y, oyéndoles hablar de la eternidad, nosotras nos sentíamos inclinadas, por jóvenes que fuésemos, a mirar las cosas del mundo como pura vanidad»¹⁶. Más que un ejemplo de vida cristiana son para sus hijos imágenes vivas de Dios. Es el ideal al que aspiramos. Que cuando os vean rezar, descubran en vosotros el rostro de Dios. Al igual que los padres de Santa Teresita, también nosotros deseamos que la educación de nuestros hijos tenga una

¹³ J. Kentenich, "Familia sirviendo la vida"

¹⁴ Ibídem

¹⁵ Ibídem

¹⁶ Helene Mongin, "Santos de lo ordinario", 94

meta clara: «Educarles para el cielo»¹⁷. Lo fundamental de la educación es el testimonio de vida, más que las palabras que tan sólo convencen por un tiempo. Lo que de verdad nos arrastra, y nos lleva a seguir el mismo camino, son los ejemplos de santidad concretos.

¿Cómo educamos a nuestros hijos? ¿Qué atmósfera se respira en nuestros hogares?

6. EL CONSUMISMO Y EL APEGO DESORDENADO A LOS BIENES Y FRENTE A ELLO NUESTRA ACTITUD ANTE LA VIDA.

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: «¿Conoces aquella tierra reflejo de la belleza eterna, donde las almas nobles y fuertes se desposan con el Cordero de Dios; donde ojos transparentes irradian calor y manos bondadosas alivian los dolores?» Esa tierra nos habla del cielo y de la plenitud que nos es prometida y nos recuerda que estamos hechos para la vida verdadera. Sin embargo, con frecuencia el corazón se apega al mundo y hace que perdamos la paz. Con mucha naturalidad comprobamos que el mundo, con sus cantos de sirena, nos subyuga. Nos rendimos ante las cosas de este mundo que son pasajeras y se pierden en el tiempo, pero nos proporcionan ese placer tan buscado. Y pensamos que ese placer es necesario para vivir con algo de alegría. Pero, ¿acaso el placer es malo? ¿Cómo puede ser malo algo que Dios despierta en el alma? En muchas ocasiones se nos ha hablado de una fe, de una espiritualidad desencarnada, en la que no cabía la alegría del placer. Se nos pedía una búsqueda de Dios dejando de lado el mundo, renunciando a todas sus seducciones. De ahí ese dicho que tan bien conocemos: «Las cosas buenas de la vida, matan, engordan o son pecado». Cuando vemos así el placer, como una caída en picado lejos de los brazos de nuestro Padre, distorsionamos la mirada sobre la realidad. El placer no es malo en sí mismo, es algo querido por Dios. La verdad es que lo que es malo, lo que nos aleja de Dios, es vivir esclavizados, dejándonos llevar por nuestros apegos y dependencias desordenadas, que nos dejan sin libertad ninguna. Es fundamental entonces que aprendamos a disfrutar de la vida, a reírnos de las cosas bonitas que Dios nos regala. El placer, en su justa medida, es necesario para amar y vivir. Es natural que nos atraigan los placeres cotidianos como la comida o la bebida. A todos nos alegra pasarlo bien con unos amigos. Es algo perfectamente natural y querido por Dios. El problema es cuando vivimos sólo para el placer, programamos la vida buscando el placer y hacemos de nuestro día una búsqueda inquieta de situaciones en las cuales sentirnos satisfechos. La felicidad no se puede construir a partir de la satisfacción de todos nuestros deseos. Detrás de cada deseo satisfecho surge un nuevo deseo aún insatisfecho con más fuerza todavía. Y cuando seguimos la cadena, nos convertimos en esos esclavos que no son capaces de levantar la cabeza y mirar al cielo o al prójimo.

Estamos llamados también a dar testimonio reflejando una forma de vivir austera en medio de tanto consumismo y búsqueda de placer. En medio de esta crisis, nuestra forma de vivir y nuestra austeridad son ya un testimonio. En realidad es muy bueno dejar de lado cosas que son buenas en sí mismas pero no necesarias. Porque la privación de lo que hacemos con gusto nos educa, nos hace más libres y disciplinados, más abiertos a la gracia. Como leía hace poco: «El cuerpo es nuestro mayor enemigo y, a la vez, nuestro mejor aliado. Se queja con el esfuerzo, pero el dolor es momentáneo»¹⁸. El cuerpo es el camino a través del cual se

¹⁷ Ibídem, 95

¹⁸ Albert Espinosa, “Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven”, 162

manifiesta el alma. Por otro lado es bueno renunciar a esa búsqueda, a veces enfermiza, del placer. Pero el cuerpo no puede mandar en nuestras decisiones. Queremos gobernarlo, decidir nosotros lo que más nos conviene. Cuerpo y alma están íntimamente unidos. Cuando nos dejamos llevar por los gritos del cuerpo nos hacemos sus esclavos. Puede haber campos en nuestra vida en los que la búsqueda de placer es desordenada. Cada uno sabe cuál es el pecado que más le pesa en el alma, el más habitual y recurrente. Pero tampoco podemos privar al cuerpo de todos sus deseos, porque esa renuncia total acabará pasándonos factura. Nos convertiremos en espiritualistas, que no toman en cuenta su naturaleza. Somos alma y cuerpo, así es la vida. El placer es necesario para vivir con armonía. El P. Kentenich decía: «*Si pretendo quitar lo instintivo de mi naturaleza, soy alguien desnaturalizado, voy contra mi naturaleza. ¿Qué quiero entonces? Queremos cultivarlo*»¹⁹. Eso no quiere decir que no tengamos que cultivar el mundo sobrenatural en nosotros. Añade el P. Kentenich: «*No quiero decir que no debiéramos avanzar hacia el otro mundo, elevarnos al más allá. Debemos hacerlo. Y doblemente porque el hombre de hoy ya no conoce ese mundo. Pero debemos captar al hombre entero*»²⁰. Todo le pertenece a Dios. Sabemos que cuando no cuidamos el cuerpo, nos debilitamos. Y entendemos que cuando el alma queda olvidada, repercute negativamente en el cuerpo. Ambas realidades han de ser integradas en Dios.

Toda familia vive en el mundo y no puede permanecer ajena a las necesidades materiales concretas. La sociedad en la que vivimos nos muestra el ideal del consumismo y nos invita a gastar y consumir. Pasamos de un móvil a otro con facilidad, todos los bienes se van quedando rápidamente anticuados y los hijos nos incitan a consumir. Las vacaciones familiares presentan siempre una nueva ocasión para caer en la rueda del consumismo casi sin darnos cuenta. No es fácil enfrentarnos con esta realidad tan cotidiana. Porque necesitamos el dinero para vivir y vivir en sociedad nos lleva continuamente a compararnos con otras familias. *¿Cómo vivimos el consejo evangélico de la pobreza? ¿Cómo lo adaptamos a nuestra vida familiar?* Deberíamos cuestionarnos continuamente si estamos viviendo de acuerdo con el ideal al que estamos llamados. En esta crisis estamos llamados con más fuerza a vivir el testimonio de la austeridad y solidaridad. No podemos dejarnos llevar por la invitación continua a consumir, a mejorar nuestro nivel social. Además deberíamos preguntarnos continuamente si somos solidarios con los más necesitados. Hoy hay muchas familias cercanas en situación precaria y a veces pasamos de largo sin hacer nada. *¿Cómo enfrentamos los desafíos de la crisis en la que estamos inmersos? ¿Cómo ayudamos a los que más lo necesitan en esta crisis?*

7. EL EXITISMO Y LAS APARIENCIAS FRENTE A LA FELICIDAD QUE NOS DA DIOS

Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terruño: «*¿Conoces aquella tierra, imagen fiel del cielo, ese reino de libertad tan ardientemente anhelado; donde la inclinación a lo bajo es vencida por la magnanimidad y la nobleza, donde los menores deseos de Dios comprometen y reciben alegres decisiones por respuesta, donde la generosidad siempre se impone victoriosa?*» Una tierra de libertad, donde reina la magnanimidad y no el espíritu de esclavos. Una tierra de compromiso en la que la verdadera libertad implica hacerse responsable de la propia vida y de la de aquellos que nos han sido confiados.

Vivimos en un mundo que busca la felicidad en el éxito y en las apariencias. Pero, como me decía el otro día una persona: «*¿Por qué la gente no es feliz y se queja tanto todo el tiempo?*»

¹⁹ J. Kentenich, "En libertad ser plenamente hombres", 236

²⁰ *Ibidem*, 237

Vivimos pensando que en el éxito está la felicidad y nos abrume la posibilidad de que al final no sea cierto. Vemos a los triunfadores por la televisión y llegamos a creer que son los más felices. Si una pelota entra en la portería parece que somos más felices, si se va a las nubes nos hundimos. Pero los éxitos pasan, el ser número uno es algo momentáneo y pasajero. Los triunfos se acaban olvidando. Parece que la felicidad se encuentra en que todo nos resulte bien. Sin embargo, hemos comprobado y lo seguiremos haciendo, que es mentira. El éxito llega y se va, pero no nos hace felices. La fama pasa y la memoria es débil. El dinero, con todo lo que nos da, tampoco nos llena el corazón. Hasta la salud es algo perecedero y con el tiempo la vamos perdiendo. Por eso nos preguntamos hoy: ***¿Dónde ponemos el fundamento de nuestra felicidad?***

La apariencia nos parece fundamental pero tampoco nos da la felicidad deseada. Pese a ello, nos esforzamos en mostrar una apariencia que sea bien acogida. Ahora se da con mucha frecuencia la «*tanorexia*» o adicción al bronceado; es el término usado para describir la necesidad obsesiva por lograr el tono de piel más oscuro. Además los gimnasios se llenan, lo cual es muy sano, pero se puede llevar a lo que se conoce como la «*vigorexia*», adicción obsesiva al deporte cuidando el físico; parece entonces imprescindible cuidar la piel y el peso para ser felices. Pero tampoco en la apariencia está la felicidad. ¡Cuánto tiempo perdemos tratando de aparentar lo que no somos y ser reconocidos por lo que no tenemos! ¡Cuánto dinero gasta mucha gente en mejorar el físico! Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Al final lo que queda es lo que somos de verdad y lo que amamos de forma auténtica. Nuestro amor es la huella de nuestro paso por este mundo. Es lo que va a quedar aquí cuando ya no estemos físicamente. Las apariencias, el dinero, la salud, todo es caduco y temporal. Lo único que es eterno es el amor entregado al dar la vida.

Entonces, ¿Dónde descansa nuestra felicidad? Decía Benedicto XVI: «*¿Cómo llegará a ser feliz el hombre? ¿Qué tiene que hacer exactamente con su vida para serlo? ¿Es verdad que él sólo puede ser su propia norma para ser feliz? Hemos sido creados para el amor, para la entrega, para la renuncia, sabiendo negarnos a nosotros mismos. Sólo si nos damos, sólo si perdemos la propia vida tendremos vida. Cuando el hombre sabe someter sus derechos y se deja podar, es cuando puede madurar y dar fruto*»²¹. Dios nos hace comprender que nuestra vida en la tierra es el paso hacia el cielo. Tenemos que perder la vida para ganarla. La muerte es la puerta que tenemos que atravesar para llegar a la vida definitiva, la que importa. Nuestros temores y preocupaciones, nuestras inquietudes que nos desgastan, son sólo algo pasajero. Lo que de verdad importa es el amor, es nuestra vida entregada, es la certeza de saber que Dios nos ama con locura y quiere sólo nuestro bien.

¿Nos importa demasiado nuestra apariencia? ¿Nos gusta aparentar y competimos fácilmente con otras familias? ¿Caemos en la envidia y en las comparaciones?

CONCLUSIÓN

Somos enviados a llevar a María a muchos corazones. Somos Santuarios vivos que queremos hacer presente las gracias que recibimos cada día en el Santuario. El ideal de nuestro Santuario hogar nos señala un camino. María puede transformar nuestras familias y el mundo que tanto necesita la paz de Dios. Dice el P. Kentenich: «*Si lo mariano posee esta cualidad en el orden objetivo, crear personalidades y comunidades sanas y fuertes, entonces tenemos que colocar a María de nuevo en el centro*»²². Nuestras familias han de ser el caso preclaro de comunidad mariana. María reina si la dejamos reinar y nos dejamos educar en sus manos de Madre. María nos conduce y nos muestra un camino de plenitud.

²¹ Benedicto XVI, “La sal de la tierra”, 178-179

²² J. Kentenich, Educación mariana para el hombre de hoy, 126